

La inmoralidad de las naciones

Reinhold NIEBURH

Capítulo IV extraído de Reinhold NIEBURH, *El hombre moral y la sociedad inmoral. Un estudio sobre ética y política*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1966*

Se ha aludido con frecuencia a la diferencia entre las actitudes de los individuos y las de los grupos, sosteniendo la tesis de que las relaciones grupales nunca pueden ser tan éticas como aquellas que caracterizan las relaciones individuales. Al abordar el problema de la justicia social podemos encontrarnos con que la relación entre las clases económicas dentro de un estado es más importante que las relaciones internacionales. Pero desde la perspectiva del análisis ético del comportamiento grupal, es factible estudiar antes las actitudes éticas de las naciones; pues la nación moderna es el grupo humano con mayor cohesión social, con una mayor autoridad central indiscutida y con una pertenencia más claramente definida. Puede que la Iglesia haya podido desafiar la preeminencia de la citada nación en la Edad Media y que la clase económica compita con ella para lograr la lealtad de los hombres en nuestros días. Aún así, la nación sigue siendo, como lo ha sido desde el siglo XVII, la más absoluta de todas las asociaciones humanas.

Las naciones son sociedades territoriales, cuyo poder de cohesión es proporcionado por el sentimiento de nacionalidad y la autoridad del estado. El hecho de que nación y estado no sean sinónimos, y que los estados incorporen con frecuencia a varias nacionalidades, indica que la autoridad del gobierno es la fuerza última de la cohesión nacional. Asimismo, el hecho de que estado y nación sean más o menos sinónimos demuestra que sin el sentimiento de nacionalidad, con una lengua y tradiciones comunes, la autoridad del gobierno es, por lo general, incapaz de mantener la unidad nacional. La unidad de Escocia e Inglaterra en un solo Estado Británico y el fracaso de mantener esa misma unidad entre Inglaterra e Irlanda, evoca tanto las posibilidades como las limitaciones de trascender la nacionalidad en la formación de los estados. De acuerdo con nuestros objetivos, podemos pensar en el estado y la nación como términos intercambiables, ya que nuestro interés se circunscribe a las actitudes morales de las naciones que poseen un aparato estatal a su disposición, a través del cual son capaces de consolidar su poder social y de definir sus posiciones ideológicas y sus políticas.

El egoísmo de las naciones es proverbial. Como sentenció George Washington, no se debe confiar en las naciones más allá de su propio interés. "Ningún estado", declara un autor

alemán, “ha suscrito nunca un tratado por ningún otra razón que no fuese su propio interés” y añade: “un estadista que tenga cualquier otro motivo merecería ser ahorcado”¹. “En cualquier parte del mundo,” dijo el profesor Edward Dicey, “donde los intereses británicos estén en juego, estoy a favor de defenderlos aún a costa una guerra. La única objeción que admito es que el país que deseemos anexionar o tener bajo nuestra protección pueda suponer una ventaja tangible en beneficio del Imperio británico”². Las ambiciones nacionales no se confiesan siempre de forma tan sincera como aquí, como comprobaremos más adelante, pero ésta es una declaración imparcial de los hechos que casi no tendría que explicarse con detalle a cualquier estudiante de historia.

¿Cuál es la base y la razón del egoísmo de las naciones? Si empezamos por lo que es menos importante y distintivo del comportamiento de las naciones, debemos señalar que éstas no tienen contacto directo con otras comunidades nacionales con las que deben formar algún tipo de comunidad internacional. Conocen los problemas de otros pueblos sólo de manera indirecta y de segunda mano. Dado que tanto la solidaridad como la justicia dependen en gran medida de la percepción de la necesidad, lo que hace que la solidaridad emerja, y de la comprensión de los intereses en conflicto que deben resolverse, es obvio que las comunidades humanas tienen mayores dificultades que los individuos en lograr relaciones éticas. Si bien los rápidos medios de comunicación han aumentado la difusión del conocimiento sobre los asuntos mundiales entre los ciudadanos de diversas naciones y las mejoras en la educación han impulsado, ostensiblemente, la capacidad de pensar de forma racional y justa sobre los inevitables conflictos de intereses entre naciones, hay, sin embargo, poca esperanza sobre la posibilidad de alcanzar un incremento perceptible de la moralidad internacional como resultado de una mayor inteligencia y el perfeccionamiento de los medios de comunicación. El desarrollo del comercio internacional, el aumento de la interdependencia económica entre las naciones y todo el aparato de una civilización tecnológica, aumentan los problemas y los temas de discusión entre las naciones con mayor rapidez de la que podría emplearse para crear la inteligencia capaz de resolverlos. El comercio de la seda entre América y Japón no consiguió que los ciudadanos americanos captasen los verdaderos sentimientos de los japoneses hacia la Ley Norteamericana de Exclusión. La cooperación entre América y los aliados durante la guerra no ayudó a los ciudadanos americanos a reconocer y a afrontar de forma solidaria, las cuestiones de las deudas y reparaciones de los interaliados; ni ninguno de los aliados fue capaz de hacerse justicia a sí mismo o a su enemigo vencido por acabar con el problema de las reparaciones. Tal es la ignorancia social de los pueblos que, lejos de hacerle justicia a un adversario o a un vecino, son incluso incapaces de preservar sus propios intereses sabiamente. Puesto que sus

intereses últimos estarán siempre mejor protegidos por, al menos, una medida de equidad hacia sus vecinos, el deseo de conseguir una ventaja egoísta inmediata siempre hace peligrar sus intereses últimos³. De reconocen este hecho, normalmente lo hacen demasiado tarde. Así Francia, después de años de intransigencia, ha aceptado finalmente un acuerdo de reparaciones razonable. Es significativo y trágico que el acuerdo sea casi sincrónico a la victoria de un nacionalismo extremo en Alemania, provocado por su implacable política. La persecución de una política arancelaria egoísta e insensata por parte de América, junto a otras estupideces en la vida internacional, contribuyeron a arruinar la prosperidad en el mundo entero. Gran Bretaña, aunque su pueblo es políticamente más inteligente que el de cualquier nación moderna, no se rindió a tiempo en Irlanda para prevenir la formación de un virus que todavía envenena las relaciones anglo-irlandesas. Y, aunque la Guerra Civil Americana le enseñó una lección que aplicó para preservar su imperio colonial, todavía no hay ninguna prueba de que vaya a ser lo suficientemente sabia como para admitir a la India como socia, antes de que la vehemente reacción india al imperialismo británico imposibilite la asociación sobre unas bases mínimas. Hasta este punto llega la triste historia de la ignorancia social de las naciones.

En toda nación hay siempre un cuerpo de ciudadanos más inteligentes que la media que ven los asuntos entre su propia nación y las demás con mayor claridad que el patriota ignorante, y de forma más desinteresada que las clases dominantes que intentan conseguir ventajas en las relaciones internacionales. El tamaño de este grupo varía según las distintas naciones. Aunque en ocasiones se pueden revisar las formas más extremas del nacionalismo egoísta, no suele ser lo suficientemente fuerte como para influir sobre las actitudes nacionales en una crisis. Los liberales británicos no pudieron impedir la guerra de los Boer; los economistas americanos han arremetido recientemente en vano contra una política arancelaria suicida, y los liberales alemanes fueron incapaces de revisar la política agresiva de la Alemania imperial. Algunas veces, los impulsos humanitarios y el sentimiento de justicia, desarrollado en estos grupos, sirven a la política de los gobiernos oficiales y parecen influir sobre sus actos. De este modo, la agitación provocada por E. D. Morel contra las atrocidades en el Congo Belga fue apoyada por el Gobierno británico hasta que éste último quiso para, entre otras razones, ejercer presión política sobre el Rey de Bélgica. Una vez satisfecho este propósito, el gabinete británico abandonó la campaña del señor Morel tan rápido como la había apoyado. Por supuesto, es posible que el interés racional en justicia internacional pueda convertirse, de vez en cuando, en algo tan generalizado e influyente que afecte a la diplomacia de los estados⁴. Pero esto no es habitual. En otras palabras, la mente, que pone límites a los impulsos en la vida individual, existe únicamente de una forma muy

embrionaria en la nación nación. Además, está mucho más alejada de la voluntad de la nación que de los individuos privados; para el gobierno expresa la voluntad nacional y esta voluntad se mueve por las emociones del pueblo y por el prudente interés de las clases económicas dominantes. En teoría, es posible tener un electorado nacional tan inteligente que los impulsos populares y los intereses ocultos de grupos especiales caigan bajo control de una mente nacional. Pero en la práctica, la comprensión racional de los asuntos políticos sigue siendo una fuerza tan mínima que la unidad nacional de acción puede lograrse sólo por proyectos tales como los iniciados por el interés propio de los grupos dominantes que controlan el gobierno o bien los apoyados por las emociones populares e histerias por las que, de vez en cuando, atraviesa una nación. En otras palabras, la nación es una unidad colectiva que se mantiene mucho más unida por la fuerza y la emoción que por la mente. Dado que una acción ética no puede existir sin autocrítica y no puede haber autocrítica sin la capacidad racional de autotrascendencia, es natural que las actitudes nacionales casi no puedan aproximarse a lo ético. Incluso las tendencias hacia la autocrítica que se manifiestan en una nación, normalmente quedan frustradas por las clases gobernantes y por cierto instinto de unidad en la propia sociedad. Para la autocrítica es una especie de desunión interna tipo de ruptura de la unidad en la que la frágil mente de una nación encuentra dificultades para distinguir las formas peligrosas del conflicto interno. Así, las naciones crucifican a sus rebeldes morales junto a sus criminales ante el mismo Gólgota, sin ser capaces de distinguir entre el idealismo moral que superan y la conducta antisocial que cae bajo la mediocridad moral, en el nivel en que toda sociedad unifica su vida. Si bien la lealtad crítica hacia una comunidad no es algo imposible, no se logra fácilmente. Es, por lo tanto, probablemente inevitable que toda sociedad considere las críticas como prueba de una falta de lealtad. Esta falta de críticas, como observaba el modernista católico Tyrrell, hace que la voluntad social sea más egoísta que la voluntad individual. "En la medida en que la sociedad tiene un *self*" – escribió - "ésta debe ser auto-afirmativa, orgullosa, auto-complaciente y egotista"⁵.

La necesidad de hacer uso de la fuerza para instaurar la unidad en una comunidad nacional, así como la inevitable explotación egoísta de los instrumentos coercitivos por parte de los grupos que los detentan, aumentan el egoísmo de las naciones. Este factor en la vida nacional ha sido previamente discutido y puede que no necesite ser tratado con mayor extensión. Podría añadirse que no debería ser imposible reducir esta fuente de egoísmo nacional. Cuando a los grupos gobernantes quedan privados de sus especiales privilegios económicos, sus intereses se aproximan a una armonización con los intereses de la sociedad nacional en su conjunto. En la actualidad, los caciques económicos de una nación tienen

intereses especiales en los beneficios del comercio internacional, en la explotación de los pueblos más débiles, y en la adquisición de materias primas y apertura de mercados; todos ellos, sólo remotamente relevantes para el bienestar de un pueblo entero. En última instancia, sólo son relevantes porque, bajo la organización actual de la sociedad, la vida económica de una toda una nación está vinculada a las empresas privadas de los individuos. Es más, la distribución desigual de la riqueza en el sistema económico actual concentra en la propia nación riquezas que no se pueden invertir y produce bienes que no pueden ser absorbidos. Por lo tanto, toda la nación se ve abocada a proteger las inversiones y los mercados que los caciques económicos se ven obligados a conseguir en otras naciones. Si una mancomunidad socialista triunfase en la separación del privilegio del poder, reduciría el egoísmo de las naciones; aunque probablemente sea romántico esperar, como muchos socialistas hacen, que queden abolidas todas las causas de conflicto internacional. Las guerras ya se libraron antes de que existiese el moderno orden capitalista social y puede que continúen tras su abolición. La avaricia de las clases capitalistas ha agudizado, pero no creado, el imperialismo de las naciones. Si, como vaticinaba Bertrand Russell⁶, alguna forma de oligarquía, sea capitalista o comunista, es inevitable en una era tecnológica debido a la incapacidad del público general para mantener un control social sobre los expertos responsables de los complicados procesos de la economía y de la política, la oligarquía comunista parecería, a la larga, preferible a la capitalista. Su poder sería puramente político y ningún interés le tentaría a llevar a cabo políticas económicas contrarias al interés nacional. No obstante, podría tener ambiciones privadas y delirios de grandeza que le tentasen a sacrificar a la nación por dichos intereses. Puesto que tendría el control sobre los órganos de propaganda, como lo tienen los caciques capitalistas, podría fácilmente manipular las emociones populares necesarias para legitimar su empresa.

Hemos asumido hasta aquí la ignorancia social del ciudadano privado de la nación. Quizá sea razonable esperar que el nivel general de inteligencia aumente significativamente en las próximas décadas y siglos, y que la creciente inteligencia social modifique los comportamientos nacionales. Es poco probable que alguna vez aumente lo suficiente como para eliminar todos los riesgos morales de las relaciones internacionales. Hay una paradoja ética en el patriotismo que desafía todo análisis, hasta al más astuto y sofisticado. La paradoja consiste en que este patriotismo transforma el altruismo individual en egoísmo nacional. La lealtad a la nación es una forma superior de altruismo cuando se compara con lealtades menores e intereses parroquiales. Por lo tanto, se convierte en vehículo de todos los impulsos altruistas y lo expresa, en ocasiones con tal fervor, que la actitud crítica del individuo hacia la nación y sus empresas queda casi destruida por completo. El carácter

incondicional de esta devoción es la propia base del poder de la nación y de la libertad para usar el poder sin restricciones morales. De este modo, el altruismo de los individuos favorece el egoísmo de las naciones. Es por esto por lo que la esperanza de resolver los grandes problemas sociales de la humanidad, simplemente extendiendo los sentimientos sociales de los individuos, es tan vana. La pasión altruista se empapa de las fuentes del nacionalismo con facilidad, y sólo con grandes obstáculos puede fluir más allá de ellos. Lo que subyace a la nación, la comunidad humana, es demasiado vago como para inspirar devoción. Las comunidades menores dentro de la nación - religiosas, económicas, raciales y culturales – se encuentran con las mismas dificultades cuando tienen que competir con la nación por la lealtad de sus ciudadanos. La Iglesia fue capaz de conseguirlo cuando tenía el prestigio de una universalidad de la que ya no goza. Futuros desarrollos podrían convertir a la clase, más que a la nación, en la comunidad de lealtad primaria. Pero, por ahora, la nación todavía es suprema. No sólo posee un poder policial del que carecen otras comunidades, sino que es capaz de aprovechar los símbolos más potentes y vívidos para imponer sus reivindicaciones sobre la conciencia de los individuos. En la medida en que resulta imposible ser consciente de la existencia de un amplio grupo social sin un simbolismo adecuado, este factor es extremadamente importante. La nación posee en sus órganos de gobierno, en la panoplia y el ritual del estado, en la impresionante manifestación de sus aparatos coercitivos y, muy frecuentemente, en el esplendor de la casa real, los símbolos de unidad y grandeza que inspiran sobrecogimiento y reverencia en el ciudadano. Además, el afecto y apego piadoso de un hombre a su patria, a sus escenas familiares, paisajes y a experiencias en torno a las cuales su memoria ha moldeado un halo de santidad, todo esto emerge en el sentimiento patriótico; la simple imaginación transforma los beneficios universales de la naturaleza en símbolos de las bendiciones particulares que una nación benévola otorga a sus ciudadanos. De esta manera, el sentimiento de patriotismo alcanza un potencial en el alma moderna tan incondicional que da a las naciones *carta blanca* para usar el poder, conformado por la devoción de los individuos, para cualquier propósito deseado. Así fue cómo, por elegir un ejemplo entre cientos, el señor Lloyd George durante la famosa crisis de Agadir de 1911, en la que una guerra europea se convirtió en inminente porque las naciones que merodeaban no permitirían que un nuevo ladrón les quitase su botín en África, pudo declarar en su discurso *mansion house*: “si nos viésemos abocados forzosamente a una situación en la que sólo pudiese preservarse la paz mediante el abandono de la grande y beneficiosa posición que Gran Bretaña ha alcanzado a través de siglos de heroísmo y logros, permitiendo que se tratase a Gran Bretaña, viéndose sus intereses afectados de manera vital, como si no tuviese importancia en el gabinete de las naciones, entonces digo categóricamente que la paz a ese precio sería una humillación intolerable que un gran país como el nuestro no podría

soportar”⁷. El “honor” tan sensible de las naciones siempre puede ser apaciguado por la sangre de los ciudadanos y ninguna ambición nacional parece demasiado mezquina o insignificante como para reclamar y recibir el apoyo de la mayoría de sus patriotas.

Sin lugar a dudas, en el altruismo patriótico se proyecta una mezcla de interés personal. El hombre de la calle, con sus ansias de poder y prestigio frustradas por sus propias limitaciones y necesidades de vida social, proyecta su *ego* sobre su nación y satisface sus deseos egoístas indirectamente. Así la nación es al mismo tiempo un freno y una válvula de escape para la expresión del egoísmo individual. Lo que se expresa de esta manera en el patriotismo individual es, algunas veces el interés económico y otras, la mera vanidad. Wilfrid Scawen Blunt escribiendo sobre su amigo, Winston Churchill, dijo: “como a la mayoría, es la vanidad del imperio lo que le afecta más que los supuestos beneficios o exigencias del comercio, que él repudia”⁸. El imperialismo cultural que repudia las ventajas económicas, pero obtiene una satisfacción egoísta en el ensalzamiento de una cultura nacional a través del poder imperialista, puede revelarse en las almas más refinadas y generosas. Hombres como Ruskin y Tennyson no pudieron librarse de ello y ni siquiera lo lograron quienes se dedicaron a empresas misiones religiosas. Paul Pfeffer cuenta que algunos rusos no sólo esperan ofrecer al mundo entero su forma de gobierno, sino también que el ruso se convierta en la lengua universal”⁹. Si bien las ventajas económicas de la agresión nacional normalmente se acumulan en los grupos económicos privilegiados más que en la población general, existen, no obstante, en el imperialismo posibilidades de obtener ganancia para el ciudadano medio; y éste no deja de contar con ellas. Un moderno escritor británico sobre India, declara: “se ha calculado que uno de cada cinco hombres en Gran Bretaña depende, directa o indirectamente de nuestra vinculación con India para su sustento. Si esto es cierto, mucha gente inteligente no entienden por qué se le ha prestado tan poca atención a las peligrosas fuerzas que todos los días se reúnen en India para destruir nuestro intercambio y nuestro comercio”¹⁰. Una declaración tan sincera admite la cuestión del egoísmo nacional que queda normalmente omitida por los ingleses, al igual que lo hacen otros imperialistas, con la piadosa letanía de que nada, excepto su compromiso con la paz y el orden en India, lleva a los ingleses a soportar las pesadas cargas que ésta supone allí.

Por lo tanto, una combinación de generosidad y de egoísmo indirecto en el individuo, confiere una tremenda fuerza al egoísmo nacional que nunca puede frenar del todo ni el idealismo religioso ni el racional pueden. Los idealistas, cuyo patriotismo ha sido modificado por lealtades más universales, deben seguir siendo siempre un grupo minoritario. En el pasado, los idealistas no han sido lo suficientemente fuertes como para influir en las acciones

de las naciones y han tenido que conformarse con una política de distanciamiento de la nación en tiempos de crisis, cuando las ambiciones nacionales estaban en claro conflicto con sus ideales morales. La cuestión de si el pacifismo consciente del 2% de la población nacional podría realmente evitar guerras en un futuro, como mantiene el profesor Einstein, no puede contestarse afirmativamente con toda certeza. Es mucho más probable que el poder del nacionalismo moderno permanezca sin revisar en lo esencial hasta que la lealtad de clase le ofrezca una competencia efectiva.

Tal vez la característica moral más significativa de una nación sea su hipocresía. Hemos señalado que la autodecepción y la hipocresía son un elemento invariable en la vida moral de todo ser humano. Es el tributo que la moralidad paga a la inmoralidad; o más bien el mecanismo mediante el cual el ego menor obtiene el consentimiento del ego mayor para permitirse impulsos y aventuras que el yo racional puede aceptar sólo cuando aparecen disfrazados. Uno nunca puede estar lo bastante seguro de si el disfraz es significativo sólo para el ojo externo o si, como suele ser el caso, engaña al propio yo. Naturalmente, este defecto en los individuos se hace más evidente en la vida menos moral de las naciones. Incluso se podría suponer que las naciones, de las que se espera mucho menos, no se encuentran bajo la necesidad de establecer pretensiones morales sobre sus acciones. Hubo probablemente un tiempo en el que no se encontraban ante tal necesidad. Su hipocresía es tanto un tributo a la creciente racionalidad del hombre como una prueba de la tranquilidad con la que las demandas racionales se pueden sortear.

La deshonestidad de las naciones es una necesidad del plan de acción político, si la nación pretende obtener el máximo beneficio de su doble exigencia de lealtad y devoción del individuo, como su especial y única comunidad, y como comunidad que encarna valores e ideales universales. Las dos reivindicaciones, la que afecta a las emociones del individuo y la que apela a su mente, son incompatibles entre sí y únicamente pueden resolverse mediante la deshonestidad. Esto es particularmente evidente en tiempos de guerra. Las naciones no llegan realmente a tener conciencia de sí mismas hasta que se hallan en una situación de yuxtaposición intensa, normalmente belicosa, con otras naciones. La realidad social, contenida en la existencia de una nación, es demasiado amplia como para producir una impresión intensa sobre la imaginación de un ciudadano. La identifica vagamente con su pequeña comunidad de origen y con su hogar, y normalmente acepta el mito que otorga personalidad a su grupo nacional. Pero la impresión no es tan fuerte como para despertarle un especial fervor de devoción. Este fervor es el

único resultado de los tiempos de crisis, cuando la nación está en conflicto con otras. Surge de la nueva intensidad con la que se comprende la realidad y la unidad de la discreta existencia de su nación. En otras palabras, es precisamente en los momentos en que la nación está implicada en acciones de agresión o defensa (y siempre es posible interpretar lo primero en términos de lo segundo) cuando la realidad de la nación queda lo suficientemente perfilada como para despertar en los ciudadanos la devoción más apasionada y acrítica hacia la nación. Pero en este momento, la reivindicación nacional de unicidad también entra claro en conflicto con la impresión generalmente aceptada de que la nación es la encarnación de los valores universales. Este conflicto sólo puede resolverse mediante la decepción. En la imaginación de un simple patriota la nación no es una sociedad, sino la Sociedad. Aunque sus valores son relativos aparecen, desde su ingenua perspectiva, como absolutos. El instinto religioso de lo absoluto no es menos potente en la religión patriótica de lo que lo es en cualquier otra. La nación siempre está dotada de un aura de sacralidad que explica por qué las religiones, con su reivindicación universalista, son captadas y domesticadas con tanta facilidad por el sentimiento nacional, mezclándose en el proceso la religión y el patriotismo. El espíritu de las iglesias nacionales y el culto del "*Christentum und Deutschtum*" de la Alemania de preguerra, son ejemplos interesantes. La mejor forma de armonizar las reivindicaciones de universalidad con la única y relativa vida de la nación, como se manifiesta en los momentos de crisis, consiste en reivindicar los objetivos generales y universales válidos para la nación. Se sostiene que se lucha por la civilización y la cultura: y toda la empresa de la humanidad se supone que está implicada en esta lucha. En la vida del simple ciudadano esta hipocresía existe como una autodecepción ingenua y natural. El político la practica conscientemente (a pesar de que puede convertirse en víctima de sus propias artes) con el fin de asegurar la mayor adhesión posible del ciudadano a sus fines. Los hombres cultos se entregan a ello con un propósito menos consciente que los estadistas, porque sus propias necesidades innatas les exigen las decepciones, incluso más de lo que lo hacen los simples ciudadanos. La cultura religiosa o racional a la que se dedican les ayuda a darse cuenta de que los valores morales deben ser universales si pretenden ser reales; y, por lo tanto, no pueden consagrarse a las aspiraciones nacionales a menos que se revistan de los atributos de la universalidad. Pocos de ellos reconocen la imposibilidad de tal procedimiento. Para la mayoría de ellos, la fuerza de la razón actúa sólo para dar a las histerias de guerra y a las imbecilidades de la política nacional, más excusas plausibles de lo que un hombre medio es capaz de

inventar. De esta manera, se convierten en los peores mentirosos de los tiempos de guerra. “Inglaterra - declaró el Profesor Adolf Harnack, el más eminente de los teólogos del periodo prebélico de Alemania - rompe el dique que ha preservado Europa occidental y su civilización del ocupado desierto de Rusia y el pan-eslavismo. Debemos mantenernos firmes, pues hay que defender el trabajo de mil quinientos años para Europa y para la propia Inglaterra”¹¹.

El gran filósofo Rudolf Eucken fue aún más inequívoco al identificar la causa de su nación con los valores últimos. “En este sentido – dijo - tenemos derecho a decir que formamos el alma de la humanidad y que la destrucción de la naturaleza alemana usurparía a la historia mundial de su significado más profundo”¹². M. Paul Sabatier declaró: “no hay duda de que estamos luchando por nosotros mismos, pero también estamos luchando por todos los pueblos. La Francia actual está luchando religiosamente ... Todos sentimos que nuestro dolor continúa y cumple los de la inocente víctima del Calvario”¹³. La literatura del periodo de guerra está repleta de ejemplos similares del autoengaño de los intelectuales. Siempre existe la posibilidad de que parte de este autoengaño estuviera provocado por maniobras deshonestas con la histeria del populacho y a la presión de los gobiernos. Pero la mayor parte no era deshonesto hasta este extremo.

Es difícil que ninguna guerra en la historia de la humanidad haya sido escenario de tanta hipocresía y sentimentalismo como la guerra hispano-americana. Hasta un hombre de la inteligencia de Walter Hines Page pudo extraer la siguiente moraleja infundada de ella: “¿no podrá presentarse para México una oportunidad - para limpiarla de bandidos, fiebre amarilla, malaria y anquilostomiasis, para hacer del país un lugar más saludable, seguro para vivir e invertir, y para crear un autogobierno ordenado, por fin?

Lo que hicimos en Cuba podría marcar el principio de una nueva época en la historia, la conquista para el solo beneficio del conquistado, resultante de una reforma sanitaria. La nueva sanidad reivindicará todas las tierras tropicales; pero el trabajo debe realizarlo, en primer lugar, el poder militar - probablemente desde el exterior. ¿No podrá hacerse que el actual poder militar europeo se destine a este fin? ... Y los trópicos piden a gritos sanidad”¹⁴. Quizás sea bastante significativo que la idea americana de un valor universal se deba expresarse en términos de sanidad.

La guerra hispano-americana ofrece algunos de los ejemplos más llamativos tanto de la hipocresía de los gobiernos como del autoengaño de los intelectuales. La hipocresía fue probablemente excesiva porque una nación juvenil y políticamente inmadura intentó armonizar la inocencia antiimperialista de su infancia con los impulsos de su difícil juventud. Estaba empezando a sentir y a probar su fuerza, y estaba orgullosa y avergonzada a la vez de lo que sentía. Los diversos papeles oficiales y discursos del Presidente McKinley son una mina perfecta para el cínico. En un mensaje al Congreso antes del comienzo de las hostilidades, declaró: "si de ahora en adelante aparece como un deber impuesto por nuestras obligaciones con nosotros mismos, la civilización y la humanidad intervenir con la fuerza, debe hacerse sin culpabilidad por nuestra parte, y sólo porque la necesidad de una acción así será tan clara como para exigir el apoyo y la aprobación del mundo civilizado". Añadió: "no hablo de una anexión por la fuerza; lo cual no puede ni pensarse. Según nuestro código moral, sería una agresión criminal"¹⁵. Cuando el amable Presidente fue empujado finalmente a la guerra por nuestros apasionados patriotas, aunque España cediese a todas nuestras exigencias, hizo "un apremiante llamamiento a los sentimientos de la humanidad y a la moderación en el presidente y el pueblo de Estados Unidos" , de los poderes de Europa que buscaban evitar la guerra mediante una coalición que expresase la esperanza de que "la misma apreciación hacia nuestros propios esfuerzos afanosos por cumplir con un deber hacia la humanidad terminando con una situación, cuya prolongación indefinida se ha convertido en insufrible"¹⁶. La guerra fue lanzada en una oleada de sentimentalismo patriótico en el que tanto los idealistas religiosos como los humanitarios llegaron al éxtasis motivados por nuestra heroica defensa del pueblo cubano, olvidando que muchos estadistas americanos, empezando por el antiimperialista Thomas Jefferson, habían considerado que el control español de una isla tan próxima como Cuba era, en última instancia, insostenible. La verdadera anexión de Cuba fue sólo impedida por el hecho de que la Enmienda Teller, que desautorizaba tal propósito, pasó inadvertida en la resolución del Senado que autorizó las hostilidades¹⁷.

Dado que no se hicieron ningún tipo de promesas respecto a Filipinas, la hipocresía de una nación se podía manifestar de forma incontrolada en las políticas establecidas respecto a ellas. A pesar de que la pequeña junta, de la que Theodore Roosevelt y el Senador Lodge eran los líderes, había planeado con cuidado la campaña bélica, de modo que las Filipinas fuesen nuestras, se creó rápidamente la

ficción, existente todavía hoy, de que la fortuna de la guerra nos habían hecho destinatarios involuntarios y guardianes de las Islas Filipinas. Decidimos quedarnos con las islas, contra la voluntad de los filipinos, en la conclusión de una guerra que empezó para liberar a los cubanos. El Presidente encargó a la comisión de pacificación encargada de negociar el tratado de paz con España que “fuese tan escrupulosa y magnánima en el acuerdo final, como justa y humana había sido la nación en la acción original”. Puesto que aumentamos constantemente nuestras demandas durante la sesión de la conferencia de paz, los españoles han debido tener una curiosa impresión sobre el significado de magnanimidad. En cuanto a las Filipinas, el Presidente exhortó a los miembros de la comisión: “la marcha de los acontecimientos gobierna e invalida las acciones humanas. No podemos olvidar que, sin ningún propósito por nuestra parte, la guerra nos ha traído nuevas responsabilidades y deberes que debemos afrontar y cumplir como corresponde a una gran nación; durante cuyo crecimiento y porvenir desde el principio, ha escrito claramente el Gobernante de las Naciones sobre el alto mando y el compromiso de la civilización”¹⁸. Cuando tras un gran acuerdo de negociación entre los miembros de la comisión y un largo debate entre imperialistas y antiimperialistas, en América se decidió finalmente reclamar todas las Filipinas, el secretario Hay escribió a los miembros de la comisión: “tienen instrucciones para insistir en la cesión de las Filipinas en su totalidad. Las cuestiones del deber y la humanidad apelan al Presidente con tanta fuerza que no puede encontrar respuesta más adecuada que la que ha elegido”¹⁹. Hubo, por supuesto, ciudadanos americanos que veían con nitidez a través de toda esta hipocresía. El Sr. Moorfield Storey, uno de los grandes espíritus liberales de la época, planteó: “¿por qué debería Cuba, con un millón seiscientos mil habitantes tener derecho a la libertad y al autogobierno, y negársele el mismo derecho a los ocho millones de personas que viven en las Filipinas?”²⁰. Pero estas críticas no fueron lo suficientemente fuertes como para prevalecer sobre la voluntad de poder de una enérgica y joven nación. Las instrucciones al que se le dieron al ejército, después de que España cediese finalmente las islas y se firmase el tratado de paz, completan el capítulo de hipocresía con un toque casi perfecto de inmoralidad: “será el deber del comandante de las fuerzas de ocupación anunciar y proclamar lo más públicamente posible que hemos venido no como invasores o conquistadores, sino como amigos”²¹.

Más tarde, el Sr. McKinley explicó con exactitud a un grupo de clérigos cómo había llegado a esta decisión respecto a la política americana: “recorría los pasillos

de la Casa Blanca noche tras noche hasta las doce; y no me avergüenzo de decirles, caballeros, que más de una noche me puse de rodillas y recé al Dios todopoderoso para que me mostrase la luz y me guiase. Y una noche la recibí – nosotros no podíamos hacer más que acogerles a todos ellos, y educar a los filipinos, elevarles, civilizarles y cristianizarlos, y, por la gracia de Dios, hacerlo lo mejor posible, tratándolos como nuestros prójimos, por los que Cristo también murió. Y entonces, me fui a la cama, me acosté y dormí profundamente”²².

América no ha desobedecido totalmente el mandato divino del Sr. McKinley, pues ha llevado a cabo una labor sanitaria y educativa en las islas que es más que elogiable. Sin embargo, Nataniel Peffer, un observador moderno del imperialismo occidental en Oriente, ofrece una explicación más verídica que la del Sr. McKinley sobre los verdaderos motivos del imperialismo, al comentar de forma cínica: “mucho podría decirse sobre sus capacidades para el autogobierno, pero ¿por qué? ¿Y eso, qué importa? Los filipinos tomarán el gobierno y se proclamarán independientes mañana si tienen el poder; y si lo alcanzan, en cuanto lo tengan lo harán, tengan capacidad para autogobernarse o no. Y si tuvieran la sabiduría política de Salón, el gobierno americano no les daría su independencia ahora, ni de aquí a cien años, si esto supusiese una pérdida para los intereses americanos”²³. Últimamente, las observaciones del Sr. Peffer han sido confirmadas por el hecho de que haya aparecido un nuevo sentimiento a favor de la independencia de Filipinas, motivado por el interés del sector azucarero americano de situar el azúcar de filipinas fuera de la barrera arancelaria americana. Las hipocresías del Sr. McKinley eran un poco menos ingenuas de lo habitual pero podrían encajar bastante bien en la historia de otros estadistas y naciones. El Sr. Gladstone era un estadista tan piadoso y honrado como el Sr. McKinley y, probablemente, más inteligente; era, como McKinley, antiimperialista por convicción. Cuando se vio obligado a ocupar Egipto, estaba ansioso por preservar la apariencia y, a lo mejor, incluso la realidad de su política antiimperialista. Declaró: “de todas las cosas del mundo, eso (la ocupación permanente) es lo que no vamos a hacer”. El ejército se tendría que retirar “tan pronto como el estado del país y la organización de los medios adecuados que para el mantenimiento de la autoridad del *khedive* lo permitiesen”. Este compromiso, decía Gladstone, era una promesa sagrada. Esto “nos había ganado la confianza de Europa durante el curso de esta difícil y delicada operación, y si una promesa puede ser más sagrada que otra, la especial naturaleza sagrada de este caso nos obliga a su cumplimiento”²⁴. Sin embargo, Gladstone no lo

cumplió y no se ha cumplido desde entonces. Esta falta de cumplimiento se exhibe ahora por los ingleses con orgullo, como un ejemplo del genio británico para arreglárselas. En una fecha anterior, cuando Kitchener estaba conquistando Sudán y entró en conflicto con el General francés Marchand en Fashoda, Lord Rosebery declaró en una alocución: “espero que este incidente se resuelva de forma pacífica, pero debe entenderse que no puede comprometer los derechos de Egipto”²⁵. El mayor grado de hipocresía nacional probablemente se alcanzó en el Preámbulo del Tratado de la Santa Alianza en la que las intenciones reaccionarias de Rusia, Prusia y Austria para formar la alianza se introdujeron mediante palabras infectadas de una falsa unción religiosa: “sus Majestades declaran solemnemente ... su irrevocable decisión ... de tomar como su sola ley los preceptos de la sagrada religión; preceptos de rectitud, amor cristiano y paz ... Por consiguiente, Sus Majestades han acordado, conforme a las palabras de la Sagrada Escritura que ordena a todos los hombres a respetarse recíprocamente como hermanos, permanecer unidos por los vínculos de una verdadera e indisoluble hermandad y a ayudarse entre sí como compatriotas en todas las condiciones y casos. Se comportarán con sus pueblos y ejércitos como se comportan los padres con sus familias, y los guiarán con el mismo espíritu de fraternidad que el que les inspira a ellos mismos ... Los tres soberanos aliados no se consideran más que plenipotenciarios de la Providencia para el gobierno de las tres ramas de la misma familia ... Todos los poderes que se adhieren solemnemente a estos principios serán acogidos en la Santa Alianza”. “Este documento es particularmente interesante porque sus sentimientos muestran la mano del sentimentalismo místico del Zar Alexander de Rusia, pero el hombre que diseñó los acuerdos políticos que se supone santifican, fue el cínico y realista Metternich. Más o menos en la misma línea, Clemenceau dictó las realidades del Tratado de Versalles, mientras Wilson añadía la nota decorativa de sentimiento e idealismo. Ninguna nación ha hecho jamás una confesión franca de sus verdaderos motivos imperialistas. Siempre afirman estar ante todo preocupado por la paz y prosperidad del pueblo al que subyugan. En el tratado de 1907 en el que Rusia e Inglaterra se dividieron Persia, las dos naciones prometieron “respetar la integridad y la independencia de Persia” y proclamaron “su sincero deseo de mantener el orden en todo el país”²⁶. Cuando España y Francia dividieron Marruecos, se unieron en una declaración en la que se manifestaban “firmemente adheridos a la integridad del imperio marroquí bajo la soberanía del sultán”²⁷. La mayoría de los tratados por los que las naciones europeas se han dividido los botines del imperio son libros de texto sobre la

hipocresía. Uno nunca puede estar seguro de en qué medida se proponen engañar al mundo exterior; en qué medida están hechos para engañar a sus propios crédulos ciudadanos y en qué medida pretenden curar la brecha moral de la vida interior de los estadistas, quienes se debaten entre las necesidades del arte de gobernar y las insinuaciones, a veces sensibles, de la conciencia individual. En hombres como McKinley, Gladstone, Woodrow Wilson, Herbert Asquith y sir Edward Grey y Bethmann-Hollweg, este último elemento es bastante importante.

A nuestra política imperialista en América Latina y en el Caribe que, como todo historiador sabe, difiere del imperialismo europeo sólo en que es ligeramente menos militar y más explícitamente comercial (pese a que, por supuesto, siempre estamos listos para usar nuestra fuerza naval cuando la ocasión lo requiere), el Secretario Hughes le dio un halo de santidad moral en un discurso que pronunció en 1924: "no nos proponemos explotar, sino colaborar; no subvertir, sino ayudar a poner los cimientos para un gobierno sólido, estable e independiente. Nuestro interés no reside en controlar a pueblos extranjeros ... Nuestro interés es contar con vecinos prósperos, pacíficos y respetuosos con la ley"²⁸. Estos sentimientos han sido repetidos en innumerables ocasiones por los estadistas americanos, si bien todo relato histórico imparcial refleja claramente los motivos económicos que motivan nuestras políticas respecto a nuestros vecinos del sur. Los diferentes mensajes del Presidente Coolidge, en los que abordaba los difíciles problemas del reajuste de postguerra, fueron, casi sin excepción, maravillosos templos de hipocresía mojigata. Constantemente, se le aseguraba a Europa, por ejemplo, que nuestro único interés en los arreglos de postguerra consistía en preservar la santidad de los acuerdos e impedir que las naciones europeas cayesen en descuidados hábitos de negocio.

Los moralistas que han observado y censurado la hipocresía de las naciones, suelen sostener que una inteligencia social más perfecta, que pudiera penetrar y profundizar en estas evasiones y decepciones, las haría en última instancia imposibles. Pero una vez más, cuentan con los recursos morales y racionales de los que nunca estarán disponibles. Lo que no fue posible entre 1914 y 1918, cuando el mundo estaba sumergido en inmoralidades e hipocresías (el Tratado de Versalles, con su compromiso de desarme y la convicción de superioridad moral de los vencedores sobre los vencidos, es un gran ejemplo), difícilmente será posible en una década o en un siglo, o incluso en siglos. Para las naciones será siempre más

difícil que para los individuos ver la viga de su propio ojo, antes que la paja en el ojo ajeno; cosa que ya es bastante difícil para los individuos. Una debilidad permanente en la vida moral de los individuos, se eleva al enésimo grado en la vida nacional. Acúcese a una nación de hipocresía y se verá cómo retrocede en nombre de un horror piadoso ante esta acusación. Cuando el Presidente Wilson dirigió un llamamiento a la paz a las fuerzas beligerantes en 1916 con una delicada ironía “se tomó la libertad de llamar la atención sobre el hecho de que los objetos que los estadistas de ambos bandos tienen en mente en esta guerra son virtualmente los mismos, tal cual los han declarado a su propio pueblo y al mundo”, Lord Northcliffe anunció que todo el mundo en Inglaterra estaba “loco de remate”, que Lord Robert Cecil estaba “profundamente herido” y que el rey en realidad se vino abajo por el dolor que le había causado esta insinuación²⁹. En 1927, el Senador Hiram Johnson, herido por las críticas europeas a la hipocresía y avaricia americana, declaró: “en todas sus largas y sórdidas carreras internacionales de sangre y de conquistas, estas naciones que llaman a América *Shylock* y cerdo, que adoptan un aire despectivo hacia nuestras pretensiones y ridiculizan nuestros actos, no han llevado a cabo jamás una acción internacional idealista, altruista o desinteresada. Su clamor ha sido siempre por más tierra y nuevos pueblos y ... allí donde la diplomacia siniestra ha fracasado, la sangre y el hierro han sometido al débil y al indefenso. Sean cual sean nuestras culpas, que son en su mayoría de dimensión interna, Estados Unidos es la única nación en la tierra que en sus relaciones internacionales ha llegado a desplegar idealismo o altruismo. Estados Unidos ha labrado una política internacional con actos de generosidad y misericordia, y ha escrito de este modo una respuesta indeleble a las burlas y abucheos europeos”³⁰. Sería interesante añadir que el autor de estas observaciones fue especialmente activo en la aprobación de la Ley de Exclusión Japonesa.

Quizá, lo mejor que se puede esperar de las naciones es que lleguen a justificar su hipocresía mediante algún tipo de verdadero logro internacional, y que lleguen a aprender a hacerle justicia a intereses más amplios que los suyos, al tiempo que persiguen sus propios propósitos. Inglaterra, que ha sido acusada con frecuencia por las naciones continentales de dominar con una especial habilidad las artes de la superioridad moral nacional, puede haberlo logrado, en parte, porque en realidad hay un grado de interés verdaderamente humanitario en su forma de hacer política. El estadista italiano Count Sforza ha rendido recientemente un ingenioso y merecido tributo al arte británico de la política. Ellos tienen – declara –

“un preciado don otorgado por la gracia divina al pueblo británico: “cuando está en juego un gran interés británico, la acción simultánea en esas islas de estadistas y diplomáticos que trabajan fríamente para obtener alguna ventaja política concreta y, por otro lado, sin ningún entendimiento secreto previo, los clérigos y escritores se afanan elocuentemente por presentar las razones morales más elevadas para apoyar la acción diplomática que se está llevando a cabo en Downing street. Tal fue el caso del Congo belga. El dominio belga estuvo gobernando allí durante años pero en un determinado momento se descubrió oro en Katanga, la provincia congoleña más cercana a las posesiones británicas en Sudáfrica, y los obispos y otras personas piadosas iniciaron de repente una campaña de prensa violenta para estigmatizar las atrocidades belgas cometidas contra los negros. Lo que resulta asombroso y verdaderamente imperialista es que esos obispos y demás gente piadosa actuaban inspirados por la más perfecta fe cristiana, y que nadie manejaba los hilos detrás de ellos”³¹. Otro crítico y observador extranjero de la vida inglesa, Wilhelm Dibelius, cree que hay una justificación para las pretensiones morales de Gran Bretaña: “Inglaterra – declara - es un poder solitario con un programa nacional, que si bien es egoísta hasta la médula, a la vez hace promesas al mundo entero, de algo que desea el mundo de manera apasionada, orden, progreso y paz eterna ... Ninguno de ellos (los otros poderes) han llegado todavía a proponer, frente al ideal británico, un ideal propio, nacional e internacional al mismo tiempo, como el británico”³². Lo que ha logrado Gran Bretaña, si vamos aceptar las palabras del doctor Dibelius, es probablemente lo mejor que se puede esperar de cualquier nación. Es discutible que sus logros sean suficientes como para hacer posible la realización de la justicia internacional sin conflicto. La India es un ejemplo de ello. A pesar de los sólidos logros alcanzados por Gran Bretaña en India, su imperialismo allí ha quedado cubierto por la impostura e hipocresía que afectan a todas las naciones; y es obvio que India obtendrá una plena participación en el Imperio británico sólo en la medida en que sea capaz de ejercer alguna fuerza contra el imperialismo británico.

Si es cierto que las naciones son demasiado egoístas y moralmente demasiado obtusas y pretenciosas respecto a su superioridad moral, como para hacer posible la realización de la justicia internacional sin el uso de la fuerza, ¿hay alguna posibilidad de escapar del interminable círculo vicioso de que la fuerza venga viejos agravios creando otros nuevos, de que la victoriosa Alemania cree una Francia vengativa y que la victoriosa Francia envenena a Alemania con el

pretexto de una ultrajada justicia? La moralidad de las naciones es de tal naturaleza que si hubiese una salida, ésta no es tan fácil como los moralistas tanto del periodo de preguerra como del de postguerra, han presumido.

Obviamente, un método para conseguir que la fuerza sea moralmente redentora, es ponerla en manos de una comunidad que trascienda los conflictos de intereses entre naciones individuales y sea imparcial respecto a ellas. Este método resuelve muchos conflictos dentro de las comunidades nacionales, y la organización de la Sociedad de Naciones constituye, aparentemente, la extensión de ese principio a la vida internacional. Pero si las clases poderosas dentro de las sociedades nacionales corrompen la imparcialidad de los tribunales nacionales, puede darse por sentado que una comunidad de naciones, donde se unen naciones muy poderosas y muy débiles, tiene aún menos esperanzas de alcanzar la imparcialidad. Es más, el prestigio de la comunidad internacional no es lo suficientemente importante y no limita lo suficiente la voluntad de poder de las naciones individuales como para alcanzar un espíritu comunitario lo suficientemente unificado como para disciplinar a las naciones recalcitrantes. Fue así como Japón pudo violar sus pactos en su conquista de Manchuria; pues, presumió con astucia que la aparente solidaridad de la Sociedad de Naciones no era real, y que sólo velaba tenuemente, sin restringir las peculiares políticas de los grandes poderes que Japón podría tentar y explotar. Su presuposición resultó ser correcta y pudo ganar el casi apoyo de Francia y debilitar el apoyo británico a la política de la Sociedad de Naciones. Su éxito al romper sus pactos con impunidad ha sacado a la luz la debilidad de nuestra incipiente sociedad de naciones. Esta debilidad, también evidenciada en el fracaso de la reciente Conferencia de Desarme y el carácter frustrado de todos los esfuerzos para resolver la anarquía de los aranceles nacionales, justifica la conclusión pesimista de que no existe todavía una fuerza política capaz de imponer una restricción social efectiva ante la obstinación de las naciones, al menos no ante las naciones poderosas. Incluso si fuese posible mantener la paz sobre la base del *statu quo* internacional, no hay evidencias de que una paz injusta pueda imponerse por medios pacíficos. Una sociedad de naciones no queda justificada realmente hasta que sea capaz de hacer justicia a quienes fueron vencidos en la batalla sin obligarles a entrar en nuevas guerras para reparar sus males.

Puesto que la naturaleza de clase de los gobiernos nacionales es una causa primera, aunque no la única, de su codicia, la actual anarquía internacional puede continuar hasta que el temor a la catástrofe corrija, o la catástrofe misma destruya, el actual sistema social y construya sociedades nacionales que cooperen más. Puede que en la sociedad moderna la inteligencia no alcance para prevenir la catástrofe. Es evidente que no hay inteligencia suficiente para impulsar a nuestra generación a una reorganización voluntaria de la sociedad, a menos que el miedo a una catástrofe inminente acelere el ritmo del cambio social.

La agudización de los antagonismos de clase en el interior de cada nación industrial moderna está destruyendo cada vez más la unidad nacional, al tiempo que pone en peligro la cortesía internacional. Puede ser que el aumento constante de la desigualdad económica y de la injusticia social en nuestra civilización industrial lleve a las naciones a un conflicto final que estaría abocado a la destrucción final de todas ellas. La evaporación de la lealtad nacional por los antagonismos de clase ha llegado tan lejos en las naciones más avanzadas, que difícilmente se atreven a permitir que la lógica inherente a la situación actual tome su curso. Las condiciones en estas naciones, en particular en Alemania - donde las fuerzas y los factores que operan en la civilización moderna pueden contemplarse de forma más clara -, ponen de manifiesto qué deseos desesperados son necesarios para preservar, incluso, una apariencia de unidad nacional, y cómo estos deseos parecen ir dando lugar a un conflicto internacional, en el que hasta la última apariencia de esa unidad quedará destruida. Si las posibilidades y los peligros de la situación contemporánea han de comprenderse plenamente, será necesario estudiar de forma cuidadosa el antagonismo de clase dentro de las naciones y considerar la importancia que tienen para el futuro de la civilización.

* El fragmento aquí presentado es una revisión de la traducción a castellano de la obra original de Nieburh [*Moral Man and Immoral Society*, Charles Scribner's, Nueva York, 1932] publicada por la editorial Siglo Veintiuno.

NOTAS:

¹HALLER, Johannes, *The Aera Buelow*.

² Citado por PAGE, Kirby, *National Defense*, p. 67.

³ A veces hasta el estadista más realista subestima la habilidad de la nación para anteponer sabiamente los intereses últimos a los inmediatos. Es así como el doctor Melchior, diplomático alemán, consideró conveniente en 1921 aceptar una carga de reparaciones imposible porque “podemos sobrellevarlo los dos o tres primeros años con la ayuda de préstamos extranjeros. Al final de este periodo las naciones extranjeras se habrán dado cuenta de que estos grandes pagos sólo podrán realizarse gracias a las grandes exportaciones alemanas y que estas exportaciones acabarán por arruinar el comercio en Inglaterra y América, de modo que los mismos acreedores terminarán venir a nosotros para pedir modificaciones”. Citado por Lord D’Abernon, *An Ambassador of Peace*, Vol I, p. 194. Las naciones necesitaron once años, en lugar de dos o tres, para darse cuenta de la verdad de la predicción del doctor Melchior e incluso entonces no actuaron de voluntariamente.

⁴ Véase DIBELIUS, Wilhelm, *England*, p. 106.

⁵ Citado por LAKSI, Harold, *Authority in the Modern State*, p. 274.

⁶ Véase RUSSELL, Bertrand, *The Scientific Outlook*, cap. XI.

⁷ Citado por DICKINSON, G. Lowes, *Internacional Anarchy*, p. 34.

⁸ Citado por PAGE, Kirby, *National Defense*, p. 28.

⁹ PFEFFER, Paul, *Seven Years in Soviet Russia*.

¹⁰ TYSON, Geoffrey, *Danger in India*.

¹¹ Citado por PAGE, Kirby, *Nacional ...*, *op. cit.*, p.148.

¹² *Ibidem*, p. 149

¹³ *Ibid.*, p.152. El señor Page ha recogido innumerables ejemplares similares en el capítulo IX de este libro.

¹⁴ Citado por MOON, Parker, *Imperialism and World Politics*, p. 422.

¹⁵ Citado por MILLIS, Walter, *The Martial Spirit*, p. 90.

¹⁶ *Ibidem*, p.136.

¹⁷ *Ibid.*, p. 143.

¹⁸ *Ibid.*, p. 374.

¹⁹ *Ibid.*, p. 387.

²⁰ *Ibid.*, p. 254.

²¹ *Ibid.*, p. 396.

²² *Ibid.*, p. 384.

²³ PEFFER, Nathaniel, *The White Man's Dilemma*, p. 228.

²⁴ MOON, Parker, *Imperialism ...*, *op. cit.*, p. 228.

²⁵ *Ibidem*, p. 153

²⁶ *Ibid.*, p. 279.

²⁷ *Ibid.*, p. 201.

²⁸ *Ibid.*, p. 407.

²⁹ BEARD, Charles y Mary, *Rise of American Civilization*, Libro II, p. 629.

³⁰ Citado por PAGE, Kirby, *Nacional...*, *op. cit.*, p. 196.

³¹ Conde Carlo SFORZA, *European Dictatorship*, p. 178.

³² DILEBIUS, Wilhelm, *England*, p. 109.